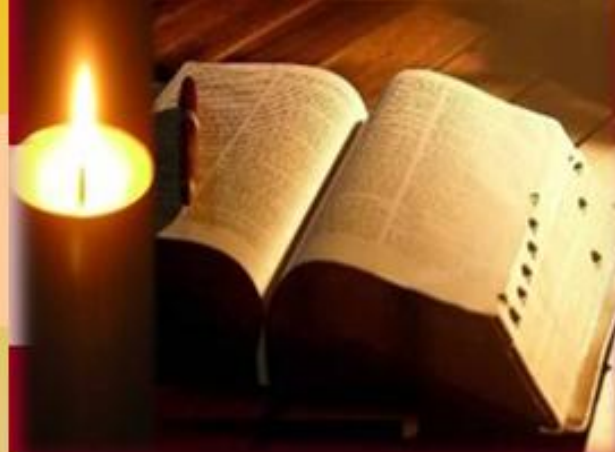


LECTIO



DIVINA



Ascension del Señor

Ciclo C

Carlos Pabón Cárdenas, CIM.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





Enviados a la Misión

«Mientras los bendecía iba subiendo al cielo»

Ambientación

La Pascua es un acontecimiento en tres dimensiones: la *Resurrección del Señor*, su *Ascensión al cielo* y *Pentecostés* (el Espíritu Santo enviado por el Señor).

Últimamente las liturgias dominicales han puesto énfasis en la Resurrección. Este Domingo celebramos la Ascensión y el próximo terminaremos la «Cincuentena Pascual» con la solemnidad de Pentecostés.

La Ascensión es como el desarrollo del acontecimiento de la Pascua, su plenitud, que todavía «madurará» más con el envío del Espíritu.

Pascua, Ascensión y Pentecostés no son unos hechos aislados, sucesivos, que conmemoramos con la oportuna fiesta anual. Son un único y dinámico movimiento de salvación que ha sucedido en Cristo, nuestra Cabeza, y que se nos va comunicando en la celebración pascual de cada año. Se pueden leer con provecho los números que el Catecismo dedica a la Ascensión del Señor: CIC. 659-667.

1. PREPRACIÓN: *Invocación al Espíritu Santo*

Espíritu Santo,
Señor y dador de Vida,
ilumina nuestro entendimiento
y mueve nuestra voluntad,
para que podamos
estar bien dispuestos
a acercarnos y escuchar
la Palabra de Vida
que nos hace entrar
en comunión con Cristo
y participar de su glorificación.
Amen

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Hch. 1, 1-11: «Fue levantado en presencia de ellos»

Hoy escuchamos dos veces el relato de la Ascensión que nos entrega San Lucas. Primero, al inicio del libro de los Hechos. Y, luego, al finalizar su evangelio. Podríamos decir que la Ascensión es «punto de llegada» de la misión de Jesús (el evangelio) y «punto de partida» de la misión de la Iglesia (el libro de los Hechos).





La primera página de los Hechos de los Apóstoles coincide con la última del evangelio de Lucas (que también leemos este año, en esta fiesta). Pero, en los Hechos, el acento se pone en lo que será la descripción de la acción apostólica: Jerusalén, Samaria, los límites más lejanos de la tierra.

En los Hechos dice Lucas que Jesús estuvo «*cuarenta días*» (Hch. 1,3) hablando con sus discípulos del Reino de Dios y prometiéndoles su Espíritu. Entonces «*fue levantado en presencia de ellos y una nube lo ocultó a sus ojos*» (Hch. 1,9). Unos ángeles les aseguraron que el mismo Señor volvería al final de los tiempos (v.11).

Los «*cuarenta días*» significan un *largo tiempo*- de apariciones «*dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo*» (Hch. 1,3), y representan la *pedagogía del Resucitado* para su Iglesia. Es preciso que nosotros, en su *ausencia*, sepamos vivir de su *presencia*.

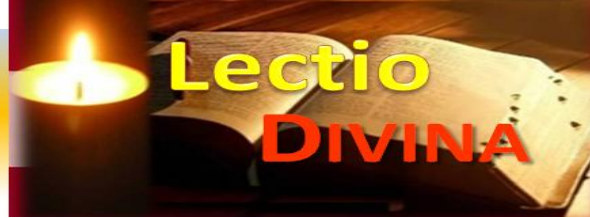
Para entender mejor esos «*cuarenta días*», debemos tener en cuenta que los «*momentos*» diversos que señalamos a cada acontecimiento -(al «*tercer día*»: Resurrección, «*cuarenta días*» después: Ascensión, al cabo de «*cincuenta días*»: Pentecostés)- no nos sirven para marcar un *ritmo cronológico* (como si se trata de diversos acontecimientos separados), sino para *entrar progresivamente* en ese *único Misterio Pascual de Jesucristo*. Así pues, es preciso interpretar esos esquemas utilizados por el evangelista, en su relato, que no son de orden temporal: el relato de la Ascensión distanciado por «*40 días*» de la Resurrección, indica un *tiempo de espera bíblica*, para inaugurar la misión de la Iglesia en el mundo.

Jesús no niega que va a restaurar el reino de Israel; o sea, no niega que el reino de Dios tendrá una realización material; pero afirma que a los creyentes no les es lícito hacer cálculos concretos. La plenitud del Reino de Dios vendrá cuando Dios quiera y en los momentos menos esperados.

La despedida está plena de *signos* de una verdadera *teofanía*, o sea, de una manifestación de Dios. El levantarse de toda atadura en el tiempo y el espacio, la nube que lo envuelve y lo hace escapar a la mirada terrena del hombre, el cielo como lenguaje del mundo de Dios, los dos mensajeros vestidos de blanco: todo ello proclama la divinidad del Señor Jesús.

Una voz los trae a la realidad: «***Galileos, ¿por qué permanecen mirando al cielo? Este Jesús, que de entre ustedes ha sido llevado al cielo, volverá como lo han visto marchar***». Empieza el tiempo de la Iglesia. La misión es grande, inacabable, siempre necesitada de mentes, corazones y brazos, urgente. Se vive en el espacio, siempre corto dentro del inmenso plan de Dios, entre las dos venidas del Señor. Unidos, con un gozo nuevo, se encaminan hacia Jerusalén, para entrar en un espacio de oración y silencio. Con ellos está María, la madre de Jesús, con una misión propia en esa Iglesia que nace.





Cuando comían juntos recomendó a sus discípulas las **últimas consignas**: dos precisas. No dispersarse sino mantenerse unidos (**Hch. 1, 4**), con *María la madre*, en espera de *la promesa del Padre de la que les había hablado*. Y la segunda: *ser sus testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo* (**Hch. 1, 8**).

Esa doble consigna responde al interrogante todavía vacilante de los discípulos: «¿Es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?» (**Hch. 1, 6**). El mundo que viene no es la mera continuación del anterior sino que es nuevo en su origen, su contenido, su meta final. Hay que dejar el paradigma anterior y asumir la realidad nueva.

Sal. 47(46): «Dios asciende entre aclamaciones, el Señor al son de trompetas».

El salmo 47(46) no puede ser más adecuado para hoy. Invita a los pueblos a batir palmas porque «*Dios asciende entre aclamaciones, el Señor, al son de trompetas*». El salmista lo decía de Yahvé, con ocasión de alguna victoria. Nosotros, después de la Pascua del Señor, lo cantamos con entusiasmo confesando nuestra fe en la victoria de Cristo Jesús.

Cuando los israelitas cantaban este salmo, pensaban en la solemne colocación del Arca sobre la montaña del Templo. Nosotros lo cantamos aclamando al Señor Jesús, Dios y Hombre, a quien hoy celebramos glorificado a la derecha el Padre. Este es el «*trono sagrado*» de Jesucristo.

Ef. 1,17-23: «Lo sentó a su derecha en el cielo»

El pasaje está ciertamente bien elegido para la solemnidad que celebramos: es el himno cristológico, el cántico de alabanza a Dios con el que da comienzo la carta de Pablo a la Comunidad de Éfeso (actual Turquía).

Pablo, en su carta, les desea que sepan comprender en profundidad el misterio de Cristo y la «*extraordinaria grandeza del poder*» que desplegó Dios en Cristo, «*resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo*».

La lectura atenta de este texto del apóstol nos ayuda a la «*comprensión profunda*» del misterio de la Ascensión. Es la explicación de lo que profesamos en el símbolo de la fe: «*está sentado a la derecha del Padre*». Con estas palabras expresamos nuestra fe en que «*nuestro Señor Jesucristo, habiendo tomado nuestra débil condición humana, la exaltó a la derecha de tu gloria*» (Plegaria eucarística I). La imagen de «*sentado*» (**Ef. 1, 20b**) es utilizada para significar y comprender el señorío de Jesús, fuente y origen de la misión universalista de la Iglesia. Ese Cristo es ahora Cabeza y plenitud de la Iglesia y del cosmos entero. San Pablo ora para pedir conocer el designio de Dios.

Todos los elementos del relato muestran la Ascensión como *inauguración del Reino cósmico del Señor y su presencia en el mundo*.





Este mensaje inspira nuestra esperanza cristiana. Esperanza es confiar firmemente en la *realización de las promesas de Dios* al hombre: *total liberación y felicidad en Cristo*. El Apóstol subraya la causa de nuestra Esperanza: la Promesa ya se realizó en la humanidad de Jesús, que resucitó de entre los muertos y que entró al cielo delante de nosotros. Ya que somos seguidores de Cristo por gracia, debemos seguirlo, después de la muerte, en su viaje final a la gloria.

El Apóstol nos presenta esa Iglesia nueva, viva, Cuerpo de Cristo. Para vivir y actuar en ella es necesario el **espíritu de sabiduría**, don de Dios que nos capacita para unas realidades que nos superan. Dejarse **iluminar, comprender, conocer**, identificar la esperanza verdadera que nos ofrece Dios. Penetrar el misterio de la persona de Jesús, cabeza de esa Iglesia, centro del universo **puesto a sus pies**. A esa Iglesia pertenecemos. Toda su inmensa riqueza está abierta a nosotros.

Lc. 24,46-53: «Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo»

EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a Ti, Señor.

⁴⁶ Jesús les dijo a los discípulos: «Así está escrito: que el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día ⁴⁷ y que se predicaría en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén.

⁴⁸ **Ustedes son testigos de estas cosas.** ⁴⁹ Ahora **voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre. De momento permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de poder desde lo alto**».

⁵⁰ Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹ Y, mientras los bendecía, se separó de ellos y **fue llevado al cielo.** ⁵² Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo. ⁵³ Y estaban siempre **en el Templo** alabando a Dios.

Palabra del Señor

R/. **Gloria a Ti, Señor Jesús.**

Re-leanos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Lc. 24, 1-53: Después de la Resurrección





Hay que leer los versículos **44-45**, que forman la primera parte del discurso final de Jesús en Lucas: «Estas son aquellas palabras mías que os dije cuando todavía estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras» (cf. v. 25: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!»).

Estamos en el final del evangelio lucano. Jesús resucitado se ha aparecido a los de Emaús, luego a todo el grupo de discípulos. Ahora da las últimas instrucciones, con las que empieza la segunda parte de la obra de Lucas (cf. **Hch 1,1-5**). Comienza el tiempo de los discípulos, de la Iglesia (frase central de la primera unidad textual: «*ustedes son testigos*»: v. 48).

El evangelio de hoy tiene **dos partes**.

A- **vv. 46-49**: La primera recoge las *últimas palabras de Jesús en el evangelio*. Se puede estructurar, a su vez, en tres:

- a) las referencias a la Escritura sobre el destino del Mesías y la nueva encomienda (v. 46-47);
- b) la interpelación de ser testigos (v. 48): don y responsabilidad;
- c) la promesa del envío del Espíritu Santo (Promesa, Fuerza [dynamis, el modo salvífico de proceder de Jesús]) (v. 49). 2.-

B- **vv. 50-53**: La segunda parte relata la *ascensión de Jesús* y acciones características suyas, y la reacción de los discípulos. Aparecen algunos elementos típicos del evangelio lucano (*Bendición, Alegría, Templo*).

La narración de la Ascensión es, para san Lucas, la culminación del itinerario de Jesús, y el tránsito entre el «*tiempo de Jesús*» y el «*tiempo de la Iglesia*», inaugurado con el **DON** prometido por el *Resucitado*: el *Espíritu Santo*.

En este ciclo C coinciden, en la liturgia de la Palabra, las dos narraciones de la Ascensión: la del libro de los Hechos (primera lectura) y la narración del final del evangelio de Lucas. En definitiva, entre el final del Evangelio y el comienzo de los Hechos no hay diferencia de contenido. San Lucas explica, de este modo, lo mismo que explica Juan en la manifestación del Señor en el Cenáculo (cfr. **Jn. 20, 19-23**).

La exaltación de Jesús es obra del Padre. Lucas, en el evangelio, une *Resurrección y Ascensión* (**Lc. 24, 36-51**).

b) Comentario:

vv. 46-47: «*Y que se predicaría en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén*».

La palabra de Jesús, pronunciada en la historia, no se para. Tiene necesidad de anunciadores. Y los apóstoles van, mandados en el nombre santo de Dios. Van a todas las gentes. No ya a un pueblo elegido, sino a todos los hombres, porque todos somos elegidos. Van a sorprender a sus hermanos y a convocarlos para la conversión, a





ponerlos de frente y decirles: ¡Todo se les ha perdonado, pueden volver a la vida divina, Jesús ha muerto y resucitado por ustedes! La fe no es una invención: es una *experiencia* que se comparte. Venimos de Jerusalén. Hemos visto con nuestros ojos, lo hemos experimentado en nuestra vida. No les contamos otra cosa que nuestra propia historia, una historia de salvación.

Los discípulos han sido testigos de un día en extremo doloroso. *El Mesías debía padecer*. No se debió a una coyuntura inexplicable sino a un plan divino a favor del hombre. No todo acaba allí. *Resucitará... se predicará a todos los pueblos...*

Comprender las Escrituras implica la misión de proclamar su Buena Noticia a todos. El texto nos interroga sobre nuestra complicidad en esta misión evangelizadora. ¿Cómo, cuándo, a quién evangelizamos?

v. 48: «Ustedes son testigos de estas cosas»

Fuerte implicación a los discípulos, ahora a nosotros sus continuadores: «Ustedes son testigos. El texto nos interroga sobre nuestra experiencia real de testigos. ¿De qué? ¿Ante quién? Ya lo hemos dicho: ser testigos implica una doble faceta, de don de Dios y de responsabilidad nuestra..

Ellos *son testigos de todo esto* y un testigo no puede ser mudo. A Dios se lo conoce por experiencia. La misión no termina con Él. Pasa a quienes la deben continuar como discípulos; como *testigos*, les dice. El testigo no es un mero anunciador de algo sino aquel que ha visto, ha oído, ha experimentado un hecho, lo hace presente con su palabra y está dispuesto a afirmarlo incluso con riesgo de la vida. Su obra es necesaria para toda la humanidad y por eso ese horizonte vasto que se abre en adelante a los discípulos: el camino sale de la ciudad santa y se va alejando en pasos consecutivos con quien avanza por un mapa. No tiene límite, no conoce fronteras. Es un plan digno de Dios.

Dar testimonio quiere decir llevar escrita en la piel, cosida sílaba por sílaba, la palabra que es Cristo. Cuando un hombre ha sido tocado por Cristo, se convierte en una lámpara y, aunque no quiera, resplandece. Y si la llama quisiese apagarla, se vuelve a encender, porque la luz no es de la lámpara, sino del Espíritu, centrado en el corazón que irradia sin fin la comunión eterna.

v. 49: «Miren, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre, pero vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto».

Dinamismo activo de Dios trinitario: ahora el Espíritu Santo es **promesa** (= ser revestidos por Dios de fuerza-poder [dynamis], es decir, de lo que caracterizaba el actuar de Jesús). El Espíritu que animaba a Jesús es el que se nos ofrece como próximo don para que sea el que anime a los seguidores de Jesús.

Las promesas de Jesús se cumplen. Él se va, pero no deja huérfanos a sus amigos. Sabe que tienen necesidad de la presencia constante de Dios. Y Dios vuelve a venir al hombre. Esta vez no ya en la carne, sino invisiblemente en el fuego de un amor impalpable, en el ardor de un vínculo que jamás se romperá, el arco iris de la alianza





ratificada. El esplendor de la sonrisa de Dios es el Espíritu Santo, don por excelencia de Cristo Resucitado. Revestidos de Cristo, revestidos del Espíritu, los apóstoles no tendrán ya miedo y podrán finalmente caminar por el mundo anunciando el Evangelio.

v. 50: «Los sacó hasta cerca de Betania y alzando las manos los bendijo».

Fueron a Betania en una noche clara... El momento de dejarlos es solemne. Betania es el lugar de la amistad. Jesús alza las manos y bendice a los suyos. Un gesto de saludo que es un don. Dios no se aleja de los suyos, simplemente los deja para volver con otra vestimenta.

v. 51: «Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo»...

Los *bendijo*, en un gesto sacerdotal, y se separó de ellos. Toda separación es siempre un hecho que comporta desagrado. Pero en este caso la bendición es un *legado de gracia*. Y los apóstoles viven una comunión con su Señor tan grande, que no se dan cuenta de la separación.

San Lucas une íntimamente la *ausencia del Resucitado* con el *Don del Espíritu Santo*. La insistencia de que los discípulos «veían» a Jesús «subiendo» hacia el cielo, pues «*fue levantado en presencia de ellos*» (Hch. 1, 9), es, seguramente, la alusión a las escenas de la «*ascensión*» de Elías, cuando Eliseo tuvo asegurado el espíritu de profecía del maestro, porque pudo «*verlo*» cuando era arrebatado. Así, la comunidad de los discípulos queda configurada, en la Ascensión de Jesús, como la *comunidad profética* que hereda el Espíritu de Jesús para continuar su misión.

v.52: «Ellos, después de postrarse ante Él, volvieron a Jerusalén con gran gozo».

Un «*gran gozo*» caracteriza a los discípulos después de recibir la bendición de Jesús: ¿cómo expresar hoy esa gran alegría, expresión de la presencia de Jesús en nuestras vidas, en medio de tantos problemas y circunstancias difíciles?

El gozo de los apóstoles es grande, gozo de volver por los caminos de Jerusalén con un tesoro sin medida, el tesoro de la pertenencia. La humanidad de Cristo entra en el cielo: es una puerta que se abre para no cerrarse jamás. El gozo de la vida sobreabundante que Cristo ha vertido en la experiencia de ellos no desaparecerá más.

v.53: «Y estaban siempre en el Templo alabando a Dios».

«*Estar*»... es un verbo importantísimo para el cristiano. *Estar* supone una fuerza particular, la capacidad de no huir de las situaciones, sino de vivirlas gustándolas hasta el fondo. Es un programa evangélico para entregar a todos. Entonces la alabanza surge sincera, porque en el estar, la voluntad de Dios aparece como bebida saludable y embriagante de felicidad.

->: El evangelio de Lucas había *comenzado en el Templo*, con el sacrificio vespertino que debe ofrecer Zacarías (cfr. Lc. 1, 8ss). Afuera estaba el pueblo esperando que saliera el sacerdote para que los bendiga (Lc. 1,10), pero él *quedó*





mudo y no pudo bendecir al pueblo (Lc. 1,8.20-22). Es decir, dejó *inconclusa* esa liturgia.

->: Y San Lucas termina su evangelio con los Apóstoles reunidos *en el Templo*: «Y estaban siempre en el templo, alabando a Dios» (Lc. 24,53), reconfortados y bendecidos: «alzando sus manos, los bendijo» (Lc. 24,50). De esta manera, *el Señor Jesús llevó a término la liturgia* que había dejado inconclusa Zacarías. La descripción del Resucitado «bendiciendo» (v. 51) es una manera de decirnos que Jesucristo es el *Sumo y Eterno Sacerdote*, que da a sus discípulos el Don de su Espíritu Santo.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE la PALABRA?

Victoria sobre la muerte

De acuerdo con San Pablo, la ascensión es la última confirmación del Señorío de Cristo a través de la historia. Este Señorío es fuente de esperanza: esperanza en que la historia puede hacerse mejor; esperanza en un mundo mejor. El futuro de la humanidad es Cristo, no el hombre ni los modos humanos.

En el Evangelio, la fiesta de la Ascensión del Señor nos recuerda el hecho de nuestra futura ascensión al cielo. Nuestra resurrección después de la muerte es una verdad esencial de nuestra fe cristiana. No sólo inmortalidad de nuestras almas, sino también de nuestros cuerpos. Toda la persona entrará en la eternidad, como lo hizo Jesús.

Esto nos trae a la idea de nuestra vida después de la muerte, y la idea del cielo y la eternidad. Es muy difícil para nosotros imaginar nuestra vida más allá de la muerte, ya que sólo tenemos la limitada experiencia de vivir de acuerdo con tiempo y lugar, mientras que Dios y el cielo y la vida eterna no tienen tiempo y lugar en el sentido terreno. Desprendámonos de nuestra imaginación al tratar de estos hechos que están más allá de nuestra experiencia. S. Pablo dice: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman».

Renunciemos a tratar de entender los «cómos», los detalles externos, y apeguémonos a la fe substancial de la Iglesia. Creemos que después de la muerte encontramos a Dios. Morimos entre las manos misericordiosas de Dios. Creemos que nuestra persona entera -cuerpo y alma- serán llenados con la propia felicidad y plenitud de Dios. Creemos que esta plenitud es perdurable y siempre renovada.

La Ascensión de Cristo supone el dominio definitivo sobre todo lo que amenaza a la existencia humana. La Iglesia, por tanto, debe asociarse a todas las tareas en favor del ser humano, especialmente de los más necesitados, que es la prioridad del ministerio apostólico el Papa Francisco: «¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!» (PAPA FRANCISCO, Discurso en el encuentro con los Periodistas, Sala Pablo VI del Vaticano, Sábado 16 de marzo de 2013).





Ausencia - Presencia

La Ascensión de Jesús señala, en la narración de Lucas, la tensión en la que entra la comunidad de los discípulos desde aquel momento, una vez han terminado las manifestaciones del Resucitado: una tensión entre la **ausencia** del Señor y, al mismo tiempo, su **presencia**.

Relación con la Eucaristía

Las posibilidades de *actualización eucarística* de esta fiesta son múltiples:

- Habría que destacar, en primer lugar, el comentario de San León Magno, Papa, precisamente en una homilía sobre la Ascensión: «*Aquello que fue visible en nuestro Redentor, ha pasado ahora a los sacramentos*». Y, centralmente, esto se realiza en la Eucaristía.

- Una vez más habrá que subrayar este elemento decisivo: la *celebración eucarística* no es la simple memoria histórica de unos acontecimientos, sino la *actualización* de comunión y presencia con el protagonista de los mismos, «*que ha entrado en el cielo para presentarse ahora en el acatamiento de Dios a favor nuestro*» (Hbr. 9,24). Por eso podemos decir «*hoy*», hablando de la Ascensión, porque Jesucristo está «*ante Dios*» en el perenne «*hoy*» de su Misterio.

- De aquí también se puede derivar una *catequesis* sobre la *presencia real* de Cristo en la Eucaristía, que tenga en cuenta al mismo tiempo el hecho de la *ausencia* del Señor según la forma natural de ser, en la que está presente *a la derecha del Padre*, y la *presencia sacramental, igualmente real* -aunque no natural- en la que está *entre nosotros*, bajo las apariencias del *pan* y del *vino* de la *Eucaristía*.

Aquí está el sentido más fuerte del «*sacramento*», como elemento de *presencia* y *mediación* de comunión entre el misterio de *Cristo* y la *Iglesia* del tiempo presente. En la Eucaristía *¡se nos da y ofrecemos al Señor de la gloria!*

4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Padre de bondad y misericordia,
te agradecemos la creación del mundo
y aparición del hombre y de la mujer,
a imagen y semejanza tuya,
para que, libres y responsables,
compartan contigo el trabajo creador.

Te damos gracias por el destino final,
insospechado e insuperable,





que nos has reservado.

A partir de nuestra vida,
e incluso más allá de la muerte,
poseemos la comunión de vida contigo,
la gloria y la plenitud,
escondidos en nuestra existencia,
como una semilla sumergida en la tierra.

Te bendecimos, Padre,
porque la plenitud de la vida
la has logrado en uno de nosotros:
en Jesús de Nazaret, Hijo tuyo,
resucitado y ascendido a tu diestra.

Tú has puesto en sus manos todo:
el cielo y la tierra, lo visible y lo invisible,
las naciones y los pueblos, la ciencia y la técnica,
el progreso y la historia, la muerte y la vida.

Que nuestros pastores,
el Papa Francisco y los obispos,
estén en el mundo «con gran alegría».
Que nuestras comunidades no se queden fijas,
mirando al cielo,
sino que testimonien en la ciudad humana
la soberanía de tu Reino.
Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMETE la PALABRA?

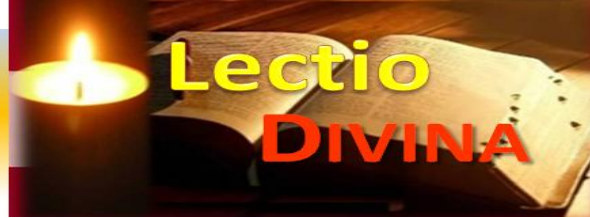
Compromiso con la Misión

La gloria de la Ascensión al cielo es una llamada para todos, pero como última etapa de una vida vivida de acuerdo con esta llamada. El cielo de cada hombre se prepara y de alguna manera se anticipa en este mundo. Esto es lo que quiere decir la predicación y promoción del Evangelio del Reino, aquí y ahora.

No debe entonces sorprendernos que el acontecimiento de la Ascensión del Señor sea también el acontecimiento del comienzo de la misión de la Iglesia en el mundo entero: «*En su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén*» (Lc. 24,47). Y así será en adelante. Algunos discípulos deseaban seguir contemplando a Jesús en el cielo, pero Jesús los envía de vuelta a trabajar por el bien de los demás: «¿Qué hacen ustedes ahí plantados mirando al cielo?» (Hch. 1, 119).

En el cristianismo, contemplación y oración, apostolado y compromiso, van siempre juntos. Nos anima la convicción que expresó el Papa Francisco con estas palabras: «La





verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio» (PAPA FRANCISCO, Discurso en la audiencia a todos los Cardenales, en la Sala Clementina del Vaticano, el Viernes 15 de marzo de 2013).

Con la Ascensión comienzan todos los tiempos de la Iglesia, Cristo cumplió ya con todo. Los textos han relacionado íntimamente Ascensión y misión. La Ascensión reúne todas las coordenadas de la salvación: amor entregando la vida, fidelidad y participación en la gloria divina. Por eso la Ascensión que era promesa-llamada, se hace ahora misión de nuestra fe.

Algunas preguntas para meditar durante la semana:

1. ¿Cuáles son los deseos y esperanzas que gobiernan mi vida?
2. En algunos de tus momentos de silencio u oración, dedícate a pensar en el cielo y en la eternidad.
3. La fe en la Ascensión, ¿actúa como estimulante de esperanzas humanas auténticas?
4. Los que esperamos la visión de Dios, ¿podemos estar al margen de las reivindicaciones sociales?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

Él es el que nos arrancó de la esclavitud para la libertad
de las tinieblas para la luz,
de la muerte para la vida,
de la tiranía para el reino eterno.
Él hizo de nosotros un sacerdocio nuevo,
y un pueblo elegido para siempre.
Él es la Pascua de nuestra salvación

Él es el que se encarnó en una virgen,
el que fue suspendido en un madero,
el que fue enterrado en la tierra,
el que resucitó de entre los muertos,
el que fue arrebatado a las alturas de los cielos.

El es el cordero sin voz,
él es el cordero degollado,
él es el nacido de María, la oveja bella,
él es el que fue tomado del rebaño
y arrastrado al matadero,
sacrificado al atardecer
y sepultado por la noche;
sobre el madero no fue quebrantado,
en la tierra no sufrió corrupción,
sino que resucitó de los muertos,
y resucitó al hombre de lo profundo de su sepulcro.

(MELITON DE SARDES, «*Peri Pascha*»,
Homilía sobre la Pascua)

